

Un zamorano en Cataluña

Esteban Conde Choya

Hace un par de semanas acompañaba en tren a mi mujer a Barcelona a cumplir obligaciones médicas y en el trayecto ferroviario se encuentra una estación que conozco muy bien: es el Apeadero de San Juan, que ya existía en 1967, cuando en octubre de ese año, en vez de entrar en un aula de la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona donde estaba matriculado, atravesé la Gran Vía en busca de la Avenida de la Luz, lugar providencial en mi destino, por cierto, para coger un tren que me traería hasta el Apeadero de San Juan, en cuyos alrededores se yergue el Colegio privado donde empecé mi vida de docente.

Al pasar el tren por esa estación vienen a mi memoria muchos recuerdos, unos buenos y otros no tanto. Los buenos recuerdos tienen que ver con mi aprendizaje y realización como profesor de Lengua y Literatura, basada esta última en enseñar a mis alumnos a pensar por sí mismos y a amar el idioma y sus manifestaciones literarias por medio de la lectura y el comentario de textos; y otros con amistades que todavía duran y actividades que tienen que ver con mi vocación literaria. Los recuerdos menos buenos están relacionados con la forma que mostraban de concebir la enseñanza quienes regían los destinos del Colegio, más preocupados por la liturgia religiosa que debía practicar el alumnado que por su instrucción y formación humana centrada en la libertad responsable y la tolerancia, que deben ser los dos objetivos principales de la educación.

A Barcelona llegamos en un tren de traqueteo y carbonilla a principios de julio de 1964 los cuatro miembros de la familia que aún permanecíamos en Zamora, mis padres y mi hermana pequeña. Los miembros restantes, los cuatro hermanos mayores, ya llevaban viviendo en la ciudad del Tibidabo desde un par de años antes en un piso cercano a Montjuic que una prima nuestra, oriunda de Valladolid y casada con un barcelonés, lo acababa de dejar vacío para emigrar a su vez al Canadá. Somos, queramos o no, aves de paso.

A mí personalmente no me causó ningún trauma importante mudar de ambiente y de vida, llegado el momento de hacerlo, salvo el melancólico sentimiento que me produjo tener que despedirme de una infancia y una adolescencia vividas en un marco que había sido generalmente idílico y feliz, si no se consideran las consecuencias de la escasez y el miedo que mis padres vivían debido a la guerra que acababan de sufrir y los años que la siguieron, que no fueron mejores. En uno de ellos, 1944, quiso el destino que viniera yo a este mundo. Barcelona, su nombre y las cosas que se contaban de la vida de la ciudad en casa, sonaban a diario en torno mío. El Barcelona de Kubala y Ramallets era el equipo favorito de las aficiones que seguíamos unos cuantos amigos del barrio y que muchas tardes de verano, por imitación incondicional, formábamos equipo para jugar al fútbol contra el que representaba al Madrid de Di Stéfano y Puskas, su eterno rival. Y en los años inmediatamente anteriores a nuestra emigración a Cataluña, raro era el día en que no salían a relucir en la mesa las noticias de nuestros hermanos que ya vivían y trabajaban en la ciudad condal, considerándose barceloneses de adopción, y que continuamente nos escribían cartas donde alababan sus excelencias hablaban de la ventaja que representaba residir en una ciudad tan próspera y con tanto futuro como Barcelona. O el recuerdo del recién viaje que habían hecho nuestros padres a la ciudad del Tibidabo, cuyas fotos en compañía de parientes muy cercanos, que ya estaban asentados en Cataluña desde hacía años, eran la prueba más fehaciente de su clara intención de decir adiós a Zamora para hacer realidad el sueño de Barcelona.

Como decía, no me costó mucho acostumbrarme a la respiración de Barcelona. Un domingo de aquel mi primer verano barcelonés en que fui a probar las aguas del Mediterráneo, conocí en la playa a mis primeros amigos catalanes. Eran amantes de la vida, del arte y la literatura como yo, casualidades del destino, y me enseñaron a ver la Barcelona de Picasso y Gaudí, de la Sagrada Familia y Montjuic, la del mercadillo de los libros de ocasión de San Antonio, que sigue teniendo lugar todos los domingos por la mañana en torno al Mercado modernista del mismo nombre, o la Barcelona de los bares del barrio Gótico y el Raval, en los

cuales hablábamos de pintura y literatura y de vez en cuando mis nuevos amigos me pedían que les contara cosas de Zamora. Y yo, gustoso, les hablaba de mi vida en el barrio del Duero en que nací, de la Catedral y otros templos románicos, de la Semana Santa, de la sabrosa y concienzuda gastronomía zamorana, de mi afición a leer y a escribir...

Nuestra familia vivía feliz en Barcelona. Cada uno de sus miembros habíamos encontrado nuestro sitio, y hasta nuestro padre, carpintero de profesión, llegó a trabajar durante un tiempo en una ebanistería de Enrique Granados, calle situada a espaldas de la Universidad, por lo que algunas mañanas compartíamos vagón en el metro que nos llevaba a cumplir con nuestro oficio (el mío entonces, el de estudiante universitario que gozaba de una beca en Primero de Comunes).

Uno de mis amigos catalanes, con el que compartía más afinidades, hoy un artista de prestigio, me animó a frecuentar más la pintura al aire libre y le acompañé encantado en varias ocasiones y hasta participamos en algún concurso de pintura. Además fundamos juntos una tertulia en el estudio que tenía en el piso de sus padres, y allí escuchábamos música de los Beatles, leíamos libros de arte, hablábamos de literatura y recitábamos poemas de Espronceda y de Bécquer y, cuando me lo pedían, les leía algunos versos míos que trataban de mis recuerdos de Zamora.

Allí, en el piso de los padres de mi amigo, un año más tarde, justo el día de la Merced, una de las fiestas barcelonesas más grandes, si no la mayor, tuve la suerte de conocer a la chica que se convertiría en la mujer de mi vida, que había llegado con su familia dos años antes a Barcelona procedente de la Mancha. Mientras fuimos novios, iba a esperarla a la salida del trabajo algunas tardes que no tenía que estudiar o preparar algún ensayo para la Facultad, y los domingos y días festivos frecuentábamos los bailes o los cines, dos de nuestras pasiones más comunes. El mundo de Barcelona nos parecía tranquilo y esperanzador. Pero, como dice el refrán, la dicha no dura siempre. A finales de ese año, 1965, a mi padre le diagnosticaron una dolencia cruel y tuvo que ser operado en el Hospital de San Pablo, mientras que a mí me llegaba la notificación de que debía incorporarme a Filas el año siguiente en el campamento de San Clemente Sasebas. Comparado con lo de mi padre,

lo mío no tenía ninguna importancia, sólo el hecho de tener que pasar un tiempo alejado de los míos, a los que más tarde o más temprano volvería a verlos. El día de la operación de mi padre, nos dijeron que no habían llegado a tiempo de atajar el mal; así que, todos menos él sabíamos que el desenlace fatal era cosa de tiempo.

Recuerdo que unos meses antes de incorporarme al Servicio Militar, fuimos toda la familia a comer a Las Planas, un lugar tranquilo y alegre hecho para celebrar fiestas. De aquel día conservo una foto en que mi padre, con el rostro demacrado por la enfermedad, está sentado a una mesa escribiendo una carta a su mejor amigo de Zamora. ¿Acaso de despedida?

En febrero del 66 asistimos a la celebración, con mi padre aún entre nosotros (ya su cuerpo apenas mostraba su presencia bajo el abrigo que vestía) de otro acontecimiento alegre, el de la boda de un primo nuestro, también inmigrante, en un restaurante de Badalona. De hecho, allí nos habíamos reunido gran parte de la familia de mi padre que, como nosotros recientemente, años atrás había dejado su tierra castellano-leonesa para venir a medrar y encontrar mejor vida en distintas poblaciones catalanas, desde la misma Barcelona hasta Arbós y Villafranca del Penadés, pasando por Vilanova y la Geltrú o Llinars del Vallés. A través de los grandes ventanales y en medio de la lógica alegría de los contrayentes podíamos ver unos cuantos almendros en flor, mientras mi madre, mis hermanos y yo intentábamos distraer, coreando de vez en cuando ¡Viva los novios!, la pena que nos comía por dentro notando a ojos vistas cómo el cabeza de familia se nos iba poco a poco.

Y llegó lo que temíamos. Era el 11 de mayo, por la tarde noche. Yo sólo llevaba dos días de mili, y durante la retreta alguien se acercó al alférez de la compañía para susurrarle unas palabras al oído. Un silencio. El oficial pronunció mi nombre y todo se derrumbó dentro de mí. Aparte me dijo lo que yo no quería oír. “¿Sabías que tu padre estaba mal?”.

Momentos después, con mi macuto al hombro, dejaba atrás el campamento militar por la carretera de Figueras con la cabeza llena de negros pensamientos, rabia, impotencia... Llegué de noche cerrada a la estación de ferrocarril. Había poca luz y a través de los cristales de la entrada vi moverse en su interior a una persona. Era un factor de la es-

tación. Entré y le pregunté por el próximo tren que iba a Barcelona. Me contestó que hasta las cinco y media de la mañana no pasaba ningún tren. Le dije que si podía pasar la noche allí dentro. A una pregunta suya le conté lo de mi padre. No me puso ningún pero. Me dio el pésame y desapareció cerrando la puerta tras sí. Solo, en aquel sitio tan lleno de vida habitualmente y tan vacío entonces, no sabía en qué pensar. Tenía la cabeza embotada. Puse el macuto de almohada y me tendí en un banco de madera con los ojos puestos en el reloj de la pared de las ventanillas. No sé cuántas veces cerré y abrí los ojos aquella larga noche hasta oír el ruido de la puerta mientras la primera claridad del día se filtraba tímidamente por el lado del andén. El reloj señalaba las cinco y algo. Era el hombre de la noche anterior. Me levanté para darle los buenos días. Me contestó y desapareció en el sector de las ventanillas. Cogí el macuto y me encaminé hacia la que se acababa de encender. El hombre apareció al otro lado. “Un billete a Barcelona, ¿no?”, dijo. Asentí. Me lo dio. Le pagué y me despedí. “Buen viaje”, dijo. Le di las gracias y salí al andén.

Hacía frío y tirité. El tren llegó puntual.

Siempre el tren vertebrando lecciones de vida y muerte.

Después de la muerte de mi padre, mi madre empeoró de la dolencia de corazón que padecía ya desde Zamora, y rara era la semana en que no sufría un ataque que la ponía al borde de la muerte. Lográbamos calmarla con el cardiotónico que le había recetado el médico de cabecera. Aún así, no había un domingo que no quisiera ir al cementerio de Montjuic, donde habíamos enterrado al hombre de su vida, “que tan poco había disfrutado de su vida en Barcelona”, como solía repetir ella entre suspiros; y era verdad. Allí le poníamos ramos de flores frescas en los jarrones que había a los lados de su nicho y, cumplido el gesto de recuerdo y de cariño, regresábamos a casa, donde comíamos toda la familia, incluidas la novia de mi hermano mediano y la mía. Para entonces yo ya había acabado el servicio militar y había empezado a cursar la especialidad de Filología Hispánica con profesores de reconocido prestigio como Castro Clavo, Blecua o Martín de Riquer, entre otros. También hacía horas remuneradas en la editorial Salvat, trabajando para la Enciclopedia Universitas, e intentaba encontrar trabajo como profesor en

academias y palacios de cultura con que pagarme mis pequeños gastos. El trabajo indefinido me llegó en octubre de 1967, justo el primer día de clase, de la forma más inesperada. La providencia seguía presente en mi nuevo destino catalán. Poco tiempo atrás otro zamorano de la diáspora, que se pasaba de vez en cuando por la Facultad para hacer gestiones académicas, me había hablado de un Colegio privado del Vallés donde ejercía de profesor, y ese día, tras saludarnos, me dijo que pensaba dejar su plaza para dedicarse a lo que más le gustaba, el mundo de las ediciones de libros de texto y diccionarios, y que había pensado en mí para sustituirle. Sólo tenía que presentarme en el Colegio y decir al Jefe de estudios, providencialmente otro zamorano mayor que nosotros, que iba de parte de él y quería ocupar su puesto. Y no lo pensé dos veces: me puse el mundo por montera y me presenté a media mañana en el Colegio. Hablando con el Jefe de estudios, me dijo que conmigo aumentaría la representación zamorana: un profesor de deportes, un sacerdote y él mismo. Lo más curioso aún era que los cuatro habíamos estudiado en promociones diferentes en el Instituto de Zamora, el Claudio Moyano de nuestra adolescencia y primera juventud.

Cuando comuniqué a mi familia y a mi novia la buena nueva, se alegraron tanto como yo. Y aunque a partir de entonces me vi obligado a multiplicar mis esfuerzos para compaginar los estudios universitarios que me quedaban para licenciarme, con la preparación de clases que tenía que impartir a mis alumnos del Colegio, lo hice con la ilusión y seriedad que ambas obligaciones requerían. La primera, con la ayuda de un amigo incondicional que me tenía al corriente de los trabajos que había que presentar y los exámenes parciales a los que debía asistir, y la segunda, aprendiendo de mis colegas más expertos las estrategias didácticas para hacer amenas mis clases, ser eficaz en mis lecciones y calificar y valorar con justicia y benevolencia las intervenciones académicas de mis alumnos.

El año en que el hombre pisó por primera vez la luna, realicé mi primer retorno a Zamora. Me acompañaba mi hermano mayor, y los dos nos instalamos en un piso de los bloques cercanos al Instituto que era propiedad del mejor amigo de mi padre. Era verano y, aunque pasamos

mucho calor por las noches, de día nos olvidábamos de esa adversa circunstancia y visitábamos los lugares que eran sagrados para nosotros: el barrio y el Duero con las aceñas y las azudas, los bares que regían algunos viejos conocidos, que nos preguntaban cómo nos iba en Barcelona, y otros de la capital, como los de la calle de Los Herreros o los de detrás de San Juan, los clásicos del vino sin gas o con gas y los tiberios o el pulpo gallego. También visitábamos algún bar moderno, como el Americano que estaba frente al Instituto, donde todas las mañanas desayunábamos fuerte para afrontar la ruta del día. Fue un regreso inolvidable, donde todo nos parecía más pequeño y más querido, precisamente por ello.

La ausencia y los reencuentros hacen las cosas que fueron nuestras más entrañables.

De vuelta a Barcelona, mi novia y yo empezamos a hablar de planes de boda. Ya llevábamos saliendo cuatro años y, perfectamente compenetrados y cada uno con su trabajo y sueldo, nos veíamos plenamente preparados para formar nuestra propia familia. Y en 1970, con la llegada del verano, dimos uno de los pasos más importantes de nuestra vida. Nuestro primer hijo nació al año siguiente y nos instalamos en un piso de Horta, desde cuyo balcón veíamos el Tibidabo. Éramos, como es lógico, muy felices los tres, y la vida en Barcelona nos pintaba mejor que nunca. Mi trabajo en el Colegio privado iba viento en popa y escribía versos con más frecuencia que nunca.

Sin embargo, en medio de esa tranquilidad, mientras esperábamos la llegada de nuestro segundo y acabábamos de dar la entrada para la compra de una casita en el campo, a la vista, la silueta recortada y mágica de Montserrat, con el propósito de disfrutar en ella viendo crecer a nuestros hijos en contacto con la naturaleza los fines de semana y las vacaciones que permiten los cursos escolares; en medio de aquellos días de sol que estábamos viviendo, sobrevino la tormenta cruel que todo lo nubla y paraliza de repente.

El corazón de mi madre se resintió de la dolencia que padecía y hubo que ingresarla de urgencia en el Hospital de San Pablo. Toda la familia se movilizó en torno a la enferma, y en una de las visitas que le hicimos,

para animarla, le prometí llevarla a ver la casita para estrenarla y pasar allí unos días con nosotros. Hasta fijamos la fecha. Y con esa esperanza volví al quehacer de las clases y la familia, sin dejar de temer algo parecido a lo que había vivido algunos años antes con la muerte de mi padre. El hecho de que mi madre estuviese ingresada en el mismo hospital donde fue operado sin suerte mi padre no lograba quitármelo de la cabeza. Y en el Colegio, cuando en el comedor sonaba el teléfono y un colega se levantaba de la mesa para ponerse al habla, el corazón se me encogía de miedo temiendo que se girara para buscarme con la mirada. Lo que quedaba de octubre pasó y llegó noviembre con su tristeza y sus lluvias, y nuestra madre se nos fue porque una de sus carótidas se negó a llevarle sangre al cerebro. El Colegio mostró una de sus mejores caras enviando un grupo de alumnos y profesores a las Pompas Fúnebres de la calle Marina, donde se había instalado la sala de vela de mi madre, para acompañarme en aquellos momentos tan dolorosos. A la casita de la montaña le puse el nombre de mi madre y al año siguiente nació nuestro segundo hijo.

Y el tiempo pasó volando, y los niños crecieron y los llevé a estudiar al Colegio, y publiqué mi primer libro, y conocí a un grupo de poetas en una tertulia que dirigía un maestro de poetas, que presentó mi segundo libro. Y con el tercero gané el Premio Boscán. Mis libros tenían nombre de vida y sus poemas hablaban del tiempo que pasa inexorablemente, de la familia, de la ciudad que me había visto nacer y de la ciudad que me había adoptado como a un hijo más, y de la muerte como parte de la propia vida. Y también del amor que sentía por las dos. Y aunque ya estaba convencido de que nuestra familia era una familia catalana, en el fondo de mi corazón seguían latiendo pulsaciones zamoranas, que tenían que ver, entre otras cosas, con mi barrio de Cabañales, con el río y los cangrejos, con los fuegos artificiales de San Pedro y los tambores y las cornetas de la Semana Santa, las aceitadas y los amigos que dejé allí.

Nada más empezar la década de los ochenta me mudé con mi familia a Cerdanyola, población del Vallés que situada muy cerca del Colegio donde seguía dando clases. Allí, en el ateneo que acababa de inaugurar

el Ayuntamiento, creamos entre varios poetas un grupo cultural y literario y un premio de poesía con el mismo nombre que ha durado hasta hace pocos años. Y fue en 1985 cuando decidí volver otra vez a Zamora, esta vez con toda mi familia porque quería que conocieran “in situ” las cosas que seguían siendo sagradas en mis recuerdos. Y elegí la Semana Santa para hacerlo. Y luego volvimos alguna vez más. Sobre todo en la Semana Mayor en que las figuras de los pasos, muchas de las cuales eran obra del zamorano Ramón Álvarez, por quien mi padre sentía incondicional admiración, desfilaban por las calles y plazas más emblemáticas de la ciudad, imponiendo respeto y haciendo saltar alguna lágrima en la gente que se apostaba en las aceras para ver pasar al Cristo de las Injurias o a la Virgen de la Esperanza, por citar dos de las imágenes que con más cariño recuerdo. De todos esos reencuentros fui escribiendo las impresiones que recibía y las reuní en un librito de pura nostalgia. Para entonces me había hecho colaborador del Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo” y envié a la institución ese conjunto de añoranzas por si tenían a bien publicarlo en alguno de sus anuarios. A todo esto yo seguía escribiendo y publicando, dando recitales de mi poesía o presentando libros de otros escritores amigos y conocidos míos. Y en 1995 vieron la luz en el Anuario de ese año y en cincuenta separatas pagadas por el Instituto aquel montón de recuerdos en verso y prosa sobre gentes, cosas y lugares de la Zamora más íntima. Mientras el tren, que nos había llevado a mi mujer y a mí hace un par de semanas a Barcelona por asuntos médicos, nos traía de regreso a casa después de cumplidos, al pasar otra vez por la estación de San Juan, recordé con cierto dolor que ese año, 1995, me había visto obligado a dejar el Colegio donde había estado enseñando casi treinta años. Fue una experiencia mitad decepcionante, mitad traumática que se curó pronto, tras aprobar las oposiciones para Profesores de Secundaria y convertirme en funcionario del Estado. Y mientras ejercía la docencia en uno de los institutos de la periferia de Barcelona que recorrí, gané el premio de poesía Calasanz con un poemario que trataba de la infancia y de la presencia oculta de Dios en nuestras vidas, el cual vio la luz en libro en 2002. Para entonces mis hijos habían concluido sus estudios universitarios y el

mayor, con título de doctor en Derecho, se había trasladado a Huelva para ejercer de profesor contratado en su Universidad. Eso nos permitió hacer unos cuantos viajes a aquella ciudad del Atlántico, tan diferente a cuantas conocíamos y tan llena de resonancias colombinas. Dos años más tarde nuestro hijo pequeño, trabajando en la sección de Recursos Humanos del ayuntamiento de Rubí, dejaba también el nido familiar para casarse y formar su propia familia. Así pues, los miembros de la familia, perfectamente integrados en Cataluña, afrontábamos el siglo XXI con plena confianza y buenos augurios.

En 2006 tuvo lugar mi último reencuentro con Zamora hasta el momento. Esta vez en verano, y llevaba en mi memoria la desaparición de un viejo conocido nuestro, el escultor Ramón Abrantes. Y tras dejar las maletas en el hotel, nos acercamos a la calle Sacramento, donde había tenido él su taller-museo que un día de uno de mis anteriores retornos a Zamora tuve la suerte de visitar mientras el artista me iba comentando detalles y anécdotas relacionados con la ejecución de algunas de sus obras allí expuestas, y terminaba mostrándome, para mi enorme sorpresa, el caballete que le había construido mi padre al principio de su carrera como escultor. Llegados a la puerta, miré por encima de la verja a la casa, al parecer solitaria, y en mi interior saludé con cariño al autor de la Virgen de la Amargura que, como todo el mundo sabe, desfila por las calles de Zamora todos los Lunes Santos.

En 2009 me jubilé en el IES La Románica, nombre evocador donde los haya.

De todo esto va a hacer más de diez años. En medio, las muertes de mis suegros y el nacimiento de mis dos nietos. Nuevos libros y renovadas ganas de vivir junto a los míos.